

UNA DERROTA NAVAL DE NELSON EN 1796



UANDO se menciona una derrota del genial marino británico, siempre viene a la memoria su desgraciada intentona en Tenerife en 1797, durante la cual perdió, como es notorio, su brazo izquierdo. Pero hubo antes otra derrota, si bien muy honrosa para Nelson, que ha permanecido hasta ahora en la penumbra, y ello pese a que se trató de un combate puramente naval, no de una operación anfibia como la mencionada. Los hechos sucedieron así:

En el invierno de 1796, el ya capitán de navío Horacio Nelson regresaba de sus bases napolitanas a reunirse con la escuadra de Jervis en las costas portuguesas, en las cuales, durante el combate de San Vicente, ganaría, en febrero de 1797, su fama. Embarcaba con insignia de comodoro en la fragata *Minerve*, de 38 cañones y de 941 toneladas, botada en Woolwich en 1780, al mando de George Cockburn, a la que acompañaba la *Blanche*, de 32 cañones, con 722 toneladas inglesas y botada en 1786 en Calhoon (Burlesdom).

A eso de las 11 de la mañana del 19 de diciembre de 1796, y no lejos de Cartagena, se divisaron dos fragatas españolas, que resultaron ser la *Sabina*, de 40 cañones y botada en 1781 en Ferrol, y la *Matilde*, de 34 cañones, insignia del capitán de fragata Miguel María Gastón de Iriarte.

Al poco se inició el combate, entablándose de un lado entre la *Minerve* y la *Sabina*, y de otro, entre la *Matilde* y la *Blanche*, buscando cada adversario la fragata de su mismo o parecido porte. Pronto la dos últimas se separaron, recayendo la acción principal sobre la *Sabina*, al mando de Jacobo Stuart, y la *Minerve*, con el propio Nelson.

El resultado no podía ser dudoso, sin embargo, y no como se ha repetido tantas veces, por la proverbial habilidad náutica británica, sino por algo mucho más concreto: la fragata británica llevaba piezas de a 18 y 6 libras, mientras que la española las llevaba de a 12 y 8 libras, lo que suponía una ventaja en el peso de bala de la artillería principal de no menos de un 33 por 100, superior incluso a la ventaja que consiguieron años después las grandes fragatas estadounidenses al emplazar en ellas piezas de a 24, que resultaron mortíferas para las más débiles inglesas.

Pero, además, el buque británico llevaba entre seis y ocho carronadas de a 32 libras, aparte de las piezas de su porte, y aquellos cortos y manejables cañones, aunque de escaso alcance y de tiro impreciso, resultaban demoledores a corta distancia. Curiosamente, la Armada española, pese a conocer tales

armas y probarlas, nunca las tuvo en mucho, por lo que apenas se instalaron en nuestros buques. Tal desventaja en el armamento no se correspondía con el diseño general del buque, pues, como es sabido, los españoles solían ser algo más grandes, resistentes y marineros que sus contrarios, como fruto de unos diseños que estaban por entonces entre los mejores del mundo.

Aunque la andanada británica era muy superior, como hemos visto, el combate se prolongó por tres horas cuando se vino abajo el palo de mesana de la *Sabina*, teniendo los otros muy averiados y a punto de caer, tuvo que rendirse con dos muertos y 48 heridos (entre ellos dos oficiales) en su dotación. Los ingleses perdieron siete hombres muertos y tuvieron 33 heridos.

Se trasladó una dotación de presa a la fragata española y su vencedora se aprestó a darla remolque, dado el penoso estado de su aparejo. Al parecer se habían invertido los objetivos que, tradicionalmente, se adjudicaban unos y otros enemigos durante sus combates, pues los británicos se habían dedicado a destrozarse el aparejo de la española, mientras que éstos habían disparado especialmente sobre el casco de la *Minerve*.

Cabe imaginar la sorpresa de Nelson al descubrir que el comandante de la fragata enemiga que acababa de apresarse era nada menos que un descendiente de los antiguos reyes de Inglaterra, los Estuardo, y así era realmente, al ser don Jacobo de la casa de los duques de Berwick, que pocos años después se convertirían en los duques de Alba por extinción de esta familia.

Pero Nelson conservó durante poco tiempo su presa, a las 0430 de la madrugada apareció la *Matilde*, que había conseguido despegarse de la *Blanche*, y Miguel Gastón se dirigió contra la fragata inglesa para represar a su compañera. Nelson ordenó soltar el remolque y enfrentarse a su nueva enemiga. Llevaban media hora de combate cuando en el horizonte se divisaron varias velas españolas, buques que salían de Cartagena alertados por el cañoneo. Se trataba de las fragatas *Ceres* y *Perla*, seguidas por el poderoso navío *Príncipe de Asturias*, más retrasado.

A Nelson se le había reunido mientras tanto la *Blanche*, pero no podía hacer frente con dos fragatas a tres enemigas, y mucho menos, si retrasado por



Almirante Nelson. (Galería Nacional. Londres).

el combate daba tiempo a que se incorporara el gran navío de tres puentes. Así que abandonó a su presa y se batió en retirada, perseguido por dos de las fragatas españolas durante todo el día, cuyos disparos le causaron otras diez bajas. Pero disparar en aquellas condiciones era mal asunto en la época de la vela a no ser que se fuera alcanzando al enemigo, pues el retroceso de las piezas frenaba al perseguidor y, salvo que algún afortunado disparo desapareciera al perseguido, éste veía facilitada su huida.

En la apresada *Sabina* quedó su dotación británica de presa, que al mando de Hardy, fiel amigo de Nelson y comandante del *Victory* en Trafalgar, se aprestó a defenderse con el fin de entretener a alguna de las fragatas españolas, pero la resistencia no pudo prolongarse mucho, cayendo los británicos prisioneros a su vez.

No mucho después tuvo lugar el canje de prisioneros, y Nelson tuvo consideraciones especiales con Jacobo Stuart, al que devolvió su espada, reconociendo que se había batido con valentía. Saliendo al paso de alguna posible reprimenda, el genial marino británico escribió: «Esto está en consonancia con la dignidad de mi país, y yo hago siempre lo que creo justo sin pararme en rutinas»; es más, envió a Gastón, superior de Stuart, la siguiente misiva:

«No puedo permitir que Don Jacobo vuelva a su lado sin expresarle mi admiración por su valeroso comportamiento. A usted, que ha visto el estado de su nave, no es necesario demostrarle la imposibilidad en que halló de prolongar la defensa. Yo he perdido en la refriega muchos hombres valientes, pero en nuestros mástiles fui el más afortunado, de no haber sido así, es probable que hubiera tenido el gusto de conocerle a usted. Pero Dios ha dispuesto las cosas de otro modo, por lo que le estoy agradecido».

Pocas veces se habrá hecho gala de tanta caballerosidad en las luchas navales.

No estará de más recordar sumariamente la trayectoria de algunos de los protagonistas del combate: por lo que se refiere a Nelson, apenas unas semanas después, su tan genial como heroico comportamiento en el combate de San Vicente le proporcionó la gloria y el reconocimiento de sus compatriotas. Después asistió al bloqueo de Cádiz, donde, por cierto, estuvo a punto de perder la vida en un abordaje de su bote con una cañonera española, anécdota también poco recordada; luego, Tenerife; al año siguiente, Abukir; posteriormente, Copenhague.

En cuanto a Miguel Gastón, ascendió a capitán de navío, y mandando el *San Justo* en Trafalgar, su intervención resultó decisiva para librar a su comprometida situación al *Príncipe de Asturias*, insignia de Gravina. Llegó a teniente general de la Armada, siendo uno de sus últimos mandos el del apostadero de La Habana en los difíciles momentos de la emancipación americana.

Por lo que se refiere a los buques, las fragatas británicas tuvieron una corta vida después de este combate: la *Blanche* fue baja en septiembre

de 1799 y, en cuanto a la *Minerve*, pasó a llamarse *Pallas* al año siguiente, ya como buque cuartel, siendo desguazada en 1803.

La protagonista del combate, la *Sabina*, tuvo, sin embargo, una larga y fructífera vida. Todavía estaba activa y bien activa en 1823, al mando de Ángel Laborde, ya con más de cuarenta años en sus cuernas desde su botadura y con el «alias» de *Constitución*, cuando con la *Ceres*, una compañera del combate de 1796, fue capaz de derrotar a la escuadrilla del comodoro Danells, al servicio de los insurgentes americanos, apresando a dos corbetas enemigas y haciendo huir al resto: nada menos que un bergantín, cuatro goletas y dos transportes. Pero eso ya es otra historia...

Debemos volver a nuestro asunto, al combate de 1796. Lo cierto es que resultó una costosa e incompleta victoria para los españoles, y que Nelson tuvo la habilidad de escapar de un enemigo muy superior, que debió haberle podido dar caza y apresarlo, contando además con las averías de la *Minerve*, el cansancio de su dotación, y que ésta se había disminuido con las bajas y la dotación de presa. Tal vez la excesiva prudencia o la descoordinación de los españoles fueron la causa de que el triunfo no fuera completo.

Pero todas estas consideraciones no nos deben hacer olvidar que se trató de la única ocasión en la que el gran marino británico tuvo que retirarse con serias pérdidas en un combate naval, abandonando su presa y a su dotación.

Ya hubieran querido para sí otros de sus enemigos de entonces, fueran franceses, holandeses o daneses, poder decir en cualquier situación que habían visto la popa del buque de Nelson.

Y, desde luego, si aquella modesta victoria la hubieran obtenido buques de cualquiera de esas naciones, no hubiera permanecido virtualmente desconocida hasta la fecha.



Miguel Gastón de Iriarte, teniente general de la Armada. (Óleo: Museo Naval. Madrid).

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Círculo Naval Español
Doctor en Historia Contemporánea